

¿De dónde vienen las palabras?

Etimologías para niños

ÓSCAR DE LA BORBOLLA

Hay libros que nacen porque sí, porque el autor necesita echarlos fuera y no le importa el incendio que provoquen o la indiferencia universal que es, con alarmante frecuencia, el más posible de los resultados; y hay otros que nacen de un propósito noble, del deseo de entregar a los demás lo que uno juzga valioso y hasta benéfico, y, por ello, cabría esperar que su aparición fuera tomada como un gran acontecimiento, sobre todo, cuando la buena intención que los ha animado hubiese sido alcanzada. ¿De dónde vienen las palabras?, de Héctor Anaya, es de esta clase de libros que, me atrevería a decir, son hijos del encuentro amoroso entre el escritor y el boy scout o, si lo prefieren, entre Alejandro Dumas y la Madre Teresa de Calcuta. Y no he elegido arbitrariamente a Dumas, pues es uno de los escritores más amenos que conozco y Héctor Anaya también lo es. Y tampoco es una mera ocurrencia la Madre Teresa, pues, si hay algo santo es buscar que los niños se enamoren de las palabras, las conozcan, las aprecien y aprendan a jugar con ellas. Y además, pues, el propio Héctor lo sugiere cuando en la solapa de este

libro se pinta como un abuelito amoroso a quien su nieto Derek le ha inspirado la obra.

Feliz inspiración y feliz ejecución, pues otros, con las mejores intenciones, habrían pergeñado un volumen árido, aburrido y pueril en su lenguaje, y Héctor, lejos de eso, nos ofrece un libro llamativo en el que las palabras trabajadas se agrupan no de acuerdo con el aséptico orden del abecedario, sino en torno a los asuntos con los que el niño se relaciona en su vida real: “La gente cercana”, “La casa”, “La escuela”, los “Juguetes y juegos”, etcétera. Así, Héctor Anaya va armando cada uno de los capítulos de que consta el libro, este libro-juguete.

He dicho que no es pueril en su lenguaje y es un punto que hemos de agradecer a Héctor, pues hay el prejuicio –sobre todo puesto a circular por algunas películas– de que los niños son imbéciles y hay que dirigirse a ellos con un lenguaje infantilizado. Héctor Anaya escribe claramente y sin rebuscamientos, pero no con ese vocabulario nauseabundo que en el Himalaya del kitsch usan algunas madres y, sobre todo las amigas de las madres, cuando enternecidas más allá del rosa pastel se encuentran ante el prodigio de un niño. Y



Javier Anzures

también: qué bueno que Héctor Anaya no atosigue al lector con aquello de la visibilidad del género. Qué bueno y qué sano que haya tomado la decisión de emplear correcta y no políticamente el uso del género en nuestro idioma, pues desde el subtítulo de la obra leemos: Etimologías para niños y no Etimologías para niños y niñas.

¿De dónde vienen las palabras? está lleno de sorpresas y curiosidades. A mí me encantó, por ejemplo, enterarme del origen de la palabra “canguro”, pues parece que este término derivó de preguntar a un aborigen australiano, cómo se llamaba ese animal y éste (el aborigen) respondió a aquel (al explorador inglés que hizo la pregunta) kangurú que significa “no lo sé” y el animal inglés entendió que así se llamaba. También me resultó interesantísima la etimología de la palabra “ahuehuetes”, pues, según se desprende del texto viene de “huéhuetl” que significa lo mismo “viejo” que “árbol”, por lo que con la “a” inicial, la cual es negativa o privativa, resulta el significado: “árbol que no envejece”. Entender

esto me aclaró un dicho que solía repetir mi abuela para referirse a sí misma: “Soy más vieja que los ahuehuetes”, pues, en efecto, cargaba todos los años y, no obstante, estaba todavía recia la muy maldita. Obviamente, yo le preguntaba su edad para hacer el cálculo de cuánto me faltaba para librarme de ella.

En fin, estamos ante un pequeño libro que es, sin embargo, muy grande por la sabiduría lingüística que proporciona, por lo atractivo –aventuro– que resultará para los niños y, sobre todo, por el ánimo que lo inspira: humanizar a los niños, pues luego llegan a grandes tan silvestres, tan simiescos y, como ya no tienen la lozanía de los primeros años, se les nota lo que es el hombre que no tiene contacto asiduo y fraterno con el lenguaje, o sea, el hombre que no pasa de homúnculo por no haber tenido trato consigo mismo, ya que esencialmente no somos más que lenguaje. Salud, pues, Héctor, por este noble gesto de boy scout de las letras, Por Supuesto. 🐾